

AL DISTRIBUIR LOS PREMIOS

(PALABRAS DEL SR. RECTOR EN LA SESIÓN DE CLAUSURA DE ESTUDIOS)

“Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres á cualquier honesto trabajo. Uno es la obligación que por título de justicia tienen á él, y otro el fruto y provecho que se sigue dél. Y así es común sentencia de todos los sabios, que estas dos cosas, conviene á saber, honestidad y utilidad, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales la mueven á todo lo que ha de hacer. Entre las cuales, aunque la utilidad es comúnmente más deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es más poderosa.”

Estas palabras son del rey de los prosadores, del príncipe de los ascéticos españoles, en la más preciada de las obras que escribió; son de Fray Luis de Granada, en la inmortal *Guía de pecadores*.

Por estos dos incentivos de la voluntad, honestidad y utilidad, se han gobernado mis colegiales y demás alumnos en el presente año, como en todos los que le precedieron. Y han sacado mis discípulos verdadero á Fray Luis en lo de qué “la honestidad y la justicia de suyo es más poderosa” que la esperanza del premio ó el temor del castigo.

Porque, de veras, ¿qué proporción guarda con un año de privaciones y esfuerzos un diploma no concedido á todos los buenos, sino sólo á los que, á juicio del Rector, son los mejores?

El premio, enseña Granada, ha de guardar proporción con el castigo; y acá, en este Colegio, los castigos casi son desconocidos. Se prefiere á la pena el perdón, según aquello de Cervantes, incrustado en nuestras Constituciones: “aunque los atributos de Dios son iguales, parece brillar más en El la misericordia que la justicia.” Harto sabéis que esta es la verdad, jóvenes alumnos.

Cuando un estudiante no cede ni á la honestidad, ni á la recompensa, ni á los ligeros castigos, ni á las reprensiones del padre y del amigo, el Colegio, organismo vivo y sano, no pudiendo asimilar aquel elemento, lo elimina sin violencia y sin esfuerzo.

Por eso todos cuantos respondéis hoy á lista, podéis y debéis sentirnos premiados; y tenéis derecho de afirmar ante vuestras familias y ante la sociedad entera que habéis cumplido con vuestro deber.

Tal conducta vale más en el presente que en los años pasados, porque antes los jóvenes tuvieron que luchar contra los hervores de la juventud, contra los halagos del mundo, contra el respeto humano; pero vosotros habéis vencido además un enemigo cien veces más terrible: las pasiones políticas.

Aquí, en el Colegio del Rosario, se enseña la Política: arte de gobernar sabiamente á las naciones. Y yo he contribuído á ello, trabajando por el restablecimiento de la Facultad de Jurisprudencia; dictándoos, por dos años, lecciones de Filosofía del Derecho.

Es la Política conjuntamente ciencia y arte: en el primer aspecto, derivase de la Etica racional, fundada en principios tan evidentes de la razón práctica, como los axiomas de la razón especulativa en que las Matemáticas se sustentan.

Bajo el otro respecto, su cimiento es la experiencia, su luz es la historia; su criterio, el estudio de la época, la raza, el clima, la herencia, el medio ambiente.

Mas los hombres no convienen en los primeros principios del Derecho, ni menos en las conclusiones prácticas del arte del gobierno. Los que coinciden en opiniones y creencias se agrupan naturalmente para sostenerlas, y de aquí nace la existencia de los partidos políticos. Pretender suprimirlos, es utopia como la de eliminar la distinción entre el verano y el invierno; querer identificarlos es como anhelar por reproducir en un mismo paisaje el claro de la luna y el resplandor del medio día.

Tales partidos, en países de secular civilización como Inglaterra, pugnan por sus ideales sin romper la paz de la Nación, sin perjuicio de la unidad del patriotismo. En estas naciones niñas de América, los partidos se combaten, se despedazan, se odian, se calumnian; y acá por una metáfora, llámase *política* el conjunto de medios que usan los partidos para hostilizarse mutuamente y sustituirse unos á otros en la posesión del poder.

La política así entendida perturba el criterio aun de los hombres más serenos, enciende pasiones hasta en los ciudadanos más pacíficos, produce tempestades en lagos azules de agua dulce.

El maestro, el institutor tiene deber imperioso de alejar á sus educandos de semejante atmósfera funesta de odios y rencores, y calumnias é injusticias.

La política candente perturba el ánimo de los jóvenes de dos modos distintos. A unos les hace pensar que lo accidental que aborrecen es la substancia; á otros, que la substancia en que creen los obliga á aceptar accidentes exóticos y detestables.

Y como el carácter latino, y más el español, y más aún el americano de los trópicos no se pára en el justo medio, aquí pasamos de la tiranía al anarquismo; de una federación absurda, á un centralismo asfixiante; de Nerón á Robespierre (ambos cortadores de cabezas); del individualismo al socialismo; del calor del Senegal á los hielos de Siberia.

Los jóvenes alumnos se afilian, por simpatía, por apechillido, por cuna, por raza, por convicción á uno ú otro partido extremo. Aprenden á negar antes de creer, á odiar antes que amar, á combatir primero que á obedecer.

Entonces se forman en el Colegio partidos y facciones; ya no hay condiscípulos, sino enemigos; no hay colombianos, sino partidarios; no cristianos que se aman, sino enemigos que se odian.

Si tal hubiera sido el espíritu del Colegio en tiempos pasados, no honraríamos hoy por igual á Jorge Tadeo Loza-

no, amigo del centralismo, y á Camilo Torres, partidario de la federación; á Castillo y Rada, Ministro de Bolívar, y á Rufino Cuervo, seguidor de Santander; á Tenorio, conservador; y á Cañarete, liberal; á Ancizar, que combatió el utilitarismo y á los que lo aceptaron.

Si tal fuera hoy nuestro sentir, no habríamos figurado juntos el Dr. Nicolás Esguerra, antiguo Rector ilustre, y el que os habla, actual insignificante Rector, en la fiesta más solemne que ha celebrado nuestro Claustro. Porque, aunque el Dr. Esguerra y yo somos iguales en creencias religiosas, semejantes en amor á la Patria — él superior en obras, — no estamos identificados en varios puntos en opiniones políticas. Y sin embargo, le profeso la más afectuosa estimación. Y él me paga en benevolencia lo que yo le rindo en justicia.

Los jóvenes aprenden en las aulas la teoría política; pero no aprenderán la práctica sino después de largos años, pasando por desengaños muy amargos. Yo también fui mozo; me apasioné por utopías que resultaron desastre al reducirlas á la realidad. También yo creí en hombres; hoy sólo creo en ideas; juré homenaje á partidos, hoy se lo rindo únicamente á lo que juzgo verdad. Y aunque ya empiezo á tener blanca la cabeza, aún me esperan no pocos desengaños; se me van á desvanecer las postrimeras ilusiones.

Todo eso lo sé, no á poder de talentos ni estudios, sino á fuerza de lustros y desengaños. Y lo que hago yo, vencido por la elocuencia de los hechos, lo han cumplido mis discípulos, al estímulo del amor á sus Constituciones. Aquí á nadie se imponen ideas ni opiniones en asuntos meramente políticos; no somos sino católicos, patriotas, caballeros. Por lo mismo que no se obliga á pensar de modo determinado en lo que Dios dejó á las disputas humanas, ninguno pretende imponerse á los demás. Y el Colegio del Rosario ha salido incólume del peligro en el año escolar que hoy termina.

Demos gracias por ello á Dios, rindámoslas á Nuestra Señora del Rosario, al espíritu que Fray Cristóbal de Torres imprimió en estos claustros. Y que los escarmientos de lo pasado sean lecciones para lo porvenir.

Uno de vosotros observaba, leyendo los anales de Colombia, que el Colegio del Rosario jamás figuró, en los tiempos gloriosos de la Patria, en ningún movimiento popular, ni siquiera en la gloriosa jornada del 20 de Julio de 1810. Y, sin embargo, la historia del Colegio es la historia de la República. Sólo que nuestros antecesores gloriosos empezaron su carrera después de salidos de los claustros.

Y emprendieron caminos distintos: centralistas con Nariño ó federalistas con Camilo Torres; bolivianos unos, otros santanderistas; éstos ministeriales, enemigos de Márquez los otros; gólgotas éstos, conservadores aquéllos. Pero nunca un traidor, nunca un desleal. Este no es una fábrica de partidarios, sino un instituto de caballeros.

Los consiliarios, los catedráticos, el Rector no aspiramos á ganarle soldados á este ó á aquel caudillo, á uno ú otro fervor político que hoy es y mañana no parece. Anhelamos por sacar de aquí hidalgos, católicos y patriotas. Nada más fácil: los alumnos quieren eso mismo. El alma de arriba y la de abajo vibran unísonas, y en tales condiciones la melodía resulta acabada y perfecta.

Hace veinte días, en fiesta que hará época en nuestra historia, glorifiqué como pude á los colegiales y convictores de otras edades. Hoy tributo honor á los presentes.

Reciban mis parabienes los que van á tener escrito en un papel el testimonio de su buen porte; ellos y todos los demás llevan el diploma que más vale en el testimonio de su propia conciencia.

● Octubre 30 de 1909.

